

VENEZUELA: REALIDAD Y POSIBILIDADES

Sary Levy Carciente

Autoridades universitarias, excelentísimos invitados, colegas, profesores, estudiantes, Sras. y Sres., amigos todos.

Inicio estas palabras agradeciendo la honrosa invitación recibida del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la FaCES de la Universidad de Los Andes para dirigirme a Uds. en estas Jornadas Nacionales de Economía que enmarcan el sexagésimo aniversario de esta institución. Nacido en los albores de la democracia venezolana y con la finalidad de profundizar en la economía de la región andina, hoy, en momentos de profunda crisis socioeconómica y política y de deslave institucional, el Instituto se nos presenta firme y comprometido con la recuperación y la proyección a futuro de nuestro país.

Junto a él, toda la facultad está de plácemes, nacida también en aquel 1958. Aquella Facultad de Economía fue creciendo, ampliándose al incluir las Escuelas de Administración y Contaduría y la de Estadística y desde 1989 es la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Los Andes.

Merecido reconocimiento a una tradición de esfuerzo continuado de sus autoridades y de meritorio empeño de todo su personal docente y de investigación, debida correspondencia a su comprometida comunidad de estudiantes y la de todo el personal de apoyo.

Hermosa y vibrante pareja de sexagenarios que festejan sus bodas de diamante. Y como los diamantes, son instituciones resistentes, invencibles, no son cualquier cosa seis décadas de matrimonio juntos. Merecido reconocimiento a una tradición de esfuerzo continuado de sus autoridades y de meritorio empeño de todo su personal docente y de investigación, debida correspondencia a su comprometida comunidad de estudiantes y la de todo el personal de apoyo.

Hermosa y vibrante pareja de sexagenarios que festejan sus bodas de diamante. Y como los diamantes, son instituciones resistentes, invencibles. No son cualquier cosa seis décadas de matrimonio juntos.

Las instituciones, y en particular las académicas, cuentan, por su naturaleza, con la posibilidad de elevarse sobre la cotidianidad, de las circunstancias presentes, para revisar con mayor alcance las directrices o cauces del meandro histórico que las contiene. Ello les permite entender el presente como parte de un complejo entramado, tejido desde el ayer, por muchas manos y teñido de muchos colores. Visto así, el presente pierde su deslumbrante brillo original y es una pieza más del engranaje del devenir humano. Simultáneamente, ello les permite conjurar el peligro de perderse en la atención de las múltiples emergencias, de las pequeñas cosas, y olvidar que siempre hay un mañana y que ese futuro ha de pensarse hoy.

Ese futuro no se teje en el vacío, no emerge automáticamente de un sueño, no cae del cielo. Ese futuro es esfuerzo y trabajo hoy, es constancia y responsabilidad siempre, guiado y orientado por una visión clara y asertiva. Una visión que parte de hechos ciertos con posibilidades abiertas, de experiencias y aprendizajes propios y de ajenos. Así, proyectar un futuro exige imbricar lo macro y lo micro, conducir del ayer al futuro, confluir lo local a lo global, integrando la atención de lo urgente a lo importante y ello ha de hacerse en todas las aristas de la de acción humana en sociedad.

La complejidad de la tarea es tal que de suyo es imposible, por lo que sabio es el decir: ¡Qué arduo resulta predecir el futuro! Es más fácil post-decir el pasado, y aun así se suelen cometer gruesos errores. Debo apoyarme en ello, pues sé de la insuficiencia de las pinceladas que a tan extenso lienzo he de soltar, por lo que desde ya, pido indulgencia a la audiencia.

Comienzo estas reflexiones tratando de ubicarme: ¿Dónde estamos y cómo llegamos aquí?

Así como el siglo XX venezolano no puede ser explicado sin revisar el rol del petróleo, la estructura rentista del Estado patrimonialista que a su alrededor se fue conformando y la institucionalidad de la democracia representativa; lo que va del siglo XXI no puede evaluarse sin considerar el modelo directriz que lo ha guiado a partir de la llamada Revolución Socialista del Siglo XXI, centrado en el desmantelamiento del andamiaje institucional del período previo y la instauración de uno nuevo, el cual ha mostrado un manejo dispendioso y discrecional del erario público, incapacidad para satisfacer las demandas de la población y falta de sintonía con las transformaciones globales.

En su etapa actual, se plantea la instauración del Estado Comunal como nueva forma de organización administrativa-política-territorial, que pretende lograr la irreversibilidad del proceso iniciado en 1998, en un esquema altamente centralizado. Una herramienta vital para el logro de este objetivo es una nueva constitución, que se dice tiene redactada la asamblea constituyente, denunciada por su ilegitimidad de origen por la Asamblea Nacional.

Desde la perspectiva económica las características más resaltantes que hoy presenta el país son: depresión económica, hiperinflación en aceleración, desmantelamiento de las cadenas productivas y su desconexión global, escasez generalizada de productos, distorsión del sistema de precios, acelerada depreciación del valor de la moneda nacional, deterioro de los servicios básicos, colapso de la industria petrolera nacional, reservas internacionales en niveles mínimos históricos, incapacidad para honrar pagos de deuda y aislamiento de los centros financieros mundiales.

En cinco años la economía venezolana se ha contraído prácticamente a la mitad, la depresión que vivimos es superior a la de los años 20, a la recientemente experimentada por Grecia y a cualquiera vivida por los países de la región. Solo se han visto estos niveles de deterioro en casos de conflictos bélicos o en las economías en transición. La hiperinflación venezolana es la primera de carácter digital, supera con creces las sufridas por los países latinoamericanos y se acerca peligrosamente a la de Zimbabue y a las más altas registradas mundialmente. Los niveles de deuda son más de cinco veces las exportaciones anuales del país, mientras la República y PDVSA acumulan este año más de cinco mil millones de dólares en pagos pendientes a los tenedores de bonos. Súmese a ello lo adeudado por liquidaciones de divisas no realizadas a acreedores locales y otros compromisos.

Al haberse intervenido e impedido los mecanismos de mercado, la información económica no ha podido fluir y por ende la asignación de los recursos ha sido ineficiente y las posibilidades de arbitraje infinitas. La escasez y la hiperinflación son sus hijos naturales, insuflados por la monetización de déficit fiscal y el acoso al sector productivo nacional.

Todas juntas suman una serie de distorsiones que han deteriorado las condiciones económicas del país, a pesar de haber vivido un entorno internacional de inflación controlada y de convenientes precios de su principal exportable. La industria petrolera también ha sufrido los embates del modelo y su producción está en constante declinación, siendo que según fuentes secundarias de la OPEP se ubicó en agosto sobre el millón doscientos mil de barriles diarios.

El deterioro de la capacidad adquisitiva del ciudadano hace de la dimensión social una alerta de primer plano: el gasto público con fuerte componente parafiscal de afán clientelar, no invirtió durante este siglo en la generación de capacidades individuales, ni en servicios básicos durante la bonanza. Hoy, sin capacidad distributiva y habiendo afectado el parque productivo privado, la sociedad ha sido

sumida en la pobreza y la inseguridad, presentando un franco deterioro en indicadores básicos de nutrición, salud y educación, lo que estimula el descontento y el malestar social.

Desde una perspectiva político-institucional, el antagonismo propio del período, con manejo ideologizado de los conflictos y desconocimiento del sentido republicano, devino en espacios de despolitización de lo público, al paso que se hiper-politizaron las relaciones sociales, llegando a desdibujarse el límite entre lo público y lo privado.

El debilitamiento del Estado de Derecho, del llamado Imperio de la Ley, es pieza vital del colapso que hoy aqueja a la sociedad. La afectación de los derechos de propiedad privada avivaron la incertidumbre desestimulando la inversión de largo plazo e incrementando los costos transaccionales. Por su parte, instrumentos económicos de clara vocación democrática y de rendición de cuentas, como el Presupuesto Nacional, fueron desdibujados en sus basamentos y manejados con clara intencionalidad política y más recientemente ni siquiera han pasado por el escrutinio del Poder Legislativo. De igual manera se obvian exigencias organizacionales y normas prudenciales económicas, como la autonomía del Banco Central o la prohibición de financiamiento del déficit fiscal por el órgano emisor.

Por si fuera insuficiente, la imposición de un discurso único - obviando la diversidad propia de una sociedad - junto con el cerco presupuestario a universidades y centros de investigación que exigen autonomía y libertad para la creación, ha tenido como consecuencia una importante fuga de talentos, desmantelando programas de investigación nacional, así como su desconexión de redes globales de conocimiento, estimulando la emigración de profesionales que acusaron el rezago científico, el desestímulo a la creatividad y la pobre proyección de futuro en el país.

Junto a esta fuga de cerebros, se presenta la de ciudadanos de diversos niveles educativos, de todas las regiones del país y de todos los niveles socioeconómicos. Hoy el éxodo venezolano es noticia mundial, siendo el canal de transmisión de la crisis venezolana a la región, y el temor a su efecto desestabilizador, activa a la comunidad internacional en su afán de contención.

Y frente a esta dura realidad me hago otro cuestionamiento: ¿Qué habrá aprendido la sociedad venezolana de toda esta tragedia?

No son pocas las sociedades que en algún momento de su historia pierden su buen norte, que tienen un capítulo gris, o negro, que desearían borrar. Pero lo que distingue a una sociedad que avanza en una senda de desarrollo, de otra que no lo hace, es que la primera aprende de su experiencia. Y este trágico error, ha de ser capitalizado como un importante aprendizaje social.

La ciudadanía venezolana ha padecido mucho, pero ha aprendido mucho más, y ha de hacer lo posible para que el aprendizaje no sea olvidado y sea bien aprovechado. Esta dura experiencia ha permitido cierta introspección, y hoy la ciudadanía posee un mayor conocimiento de sí. Ha podido reconocer valores insustituibles. Solidaridad: familiares, amigos y desconocidos en redes sociales de apoyo, activados para la atención de necesidades diversas. Flexibilidad: los ciudadanos han hecho gala de su inventiva para sortear dificultades y como el agua se han abierto caminos para lograr sus objetivos.

Pero también ha visto como un vecino ha aprovechado un poder circunstancial para discriminar o tomar ventaja de una necesidad. La discriminación política ha sido un eje ductor perverso: ha impedido el acceso o expulsado a trabajadores de ciertos puestos de trabajos, ha estigmatizado y excluido e incluso ha logrado dividir familias. Esa es una faceta que se pensaba superada, pero el resentimiento la hizo emerger. Esa es una herida abierta, que el tiempo con sabiduría, justicia y reconciliación deberá sanar.

Mientras algunos ciudadanos toman la decisión de irse, que es una decisión perfectamente razonable y respetable, otros permanecen en la lucha por el rescate del país desde adentro. Desde adentro y o desde fuera, resistencia es el término que define la reacción de la sociedad venezolana: las multitudinarias marchas de comienzos de siglo, la activa participación estudiantil, los llamados institucionales de distintas organizaciones de la sociedad civil, el discurso firme y claro de actores políticos, los continuos y crecientes reclamos sociales. La sociedad venezolana no ha cedido y más recientemente ha logrado eco internacional.

Los empresarios luchan por mantener abiertas sus empresas, conservando puestos de trabajo que son el sostén de familias. Los consumidores se las arreglan para encontrar algún producto cuya relación precio, valor y disponibilidad les permita cubrir en lo posible sus necesidades. Espacios como las universidades, las escuelas o los hospitales batallan diariamente para mantener sus puertas abiertas sin perder el sentido de su misión. De alguna forma, la sociedad se siente atrapada por la cotidianidad, no tiene tiempo para más nada que para lo básico, la supervivencia. En la jerarquización de prioridades de la pirámide de Maslow la ciudadanía venezolana pareciera estar en la base: tratando de cubrir sus necesidades básicas y de seguridad.

Pero a pesar de las dificultades insiste y persiste, y se ha descubierto flexible y resiliente. Ello habla de una importante fortaleza, una invaluable capacidad de adaptación que posee como sociedad.

Muchos elementos que antes se daban por sentado y no se valoraban –más allá que no fueran perfectos– hoy se añoran y aprecian: el simple acceso a documentos de identidad, sentirse libre y seguro de expresar ideas político-ideológicas distintas a las del gobierno de turno, una democracia representativa perfectible, pero democracia al fin, encontrar una variedad de productos en los anaqueles, el tráfico vehicular resultante de la actividad productiva, una moneda fuerte que permitía cierta calidad de vida, o que la propiedad de un inmueble habido legalmente no fuera violentada.

Y así, ha destacado la relevancia de la institucionalidad, de los derechos ciudadanos, de la separación de los poderes públicos, de una justicia imparcial, del control presupuestario y del gasto público, de la transparencia y la rendición de cuentas, de la seguridad personal. Aprendizaje de cómo funciona el mercado, de la inconveniencia de los controles, sean de precios, tasas o cantidades. De la importancia de la competencia. Que la economía no funciona por decretos sino por incentivos, que los programas sociales los pagamos todos con nuestros impuestos y que por tanto debemos exigir cuenta de cómo nuestro dinero es invertido o no malgastado, encadenando generaciones para honrar las deudas generadas o quebrarlas en el intento.

No es asunto baladí el listado recién señalado. En él se encuentran los límites institucionales de una sociedad, las exigencias de relacionamiento entre ciudadanos y entre el Estado y la Sociedad. Y es que la institucionalidad es fundamental en la estructuración de incentivos, determinando conflicto de intereses o motivación a la cooperación.

No cabe duda que cualquier iniciativa dirigida a promover un desarrollo integral del país ha de considerar la multi-dimensionalidad de la problemática presente y la necesidad de corrección de sus distorsiones, y ello pasa por establecer una institucionalidad subyacente sana que permita un desenvolvimiento armónico, el rescate de una senda de desarrollo integral, socialmente incluyente y en libertad.

Y partiendo de este aprendizaje: ¿Cuál es el derrotero a apuntar? La visión de país

Los enfoques más recientes del desarrollo nos hablan de una necesaria perspectiva multidimensional, que exige una institucionalidad firme y transparente que sea capaz de garantizar las libertades para la potenciación de las personas como agentes de su propio desarrollo. Esta relación simétrica o armónica,

para que sea virtuosa, requiere del compromiso de las personas y de las instituciones en un marco de libertades. La palabra clave es Libertad

Por ende, el desarrollo no se referirá tanto a los bienes y servicios a los que se pueda acceder, sino a las cosas que se puedan hacer con las propias vidas, con las oportunidades que se presentan, y es por ello que es concebido como un esquema de expansión de libertades.

Así, la forma de evaluar, contrastar, comparar y proyectar el desarrollo de una nación pasa por este nuevo tamiz y múltiples son las mediciones que tratan de recoger estas exigencias. Si los indicadores tradicionales son producto, inversión, empleo, acceso a servicios básicos, esperanza de vida al nacer y logro educativo; hoy además se insiste en considerar la calidad institucional, el respeto por los derechos humanos, la percepción de corrupción, la libertad de expresión, la libertad política, la libertad económica, la igualdad de género e inclinación sexual, el respeto por los derechos de propiedad, la huella ecológica y la percepción de satisfacción. El marco de referencia es cada vez más exigente, y así debe ser, pues la humanidad debe pretender ofrecerse, a su generación y a las futuras, una mejor calidad de vida.

Y nuevamente me interrogo: ¿cómo, en medio de esta terrible tragedia, construir lo deseado?

Así como los navegantes en la antigüedad usaban las estrellas para orientarse en la noche, las sociedades en sus horas difíciles se orientan y apalancan de constantes éticas, de valores y principios. Ellos son los pilares sobre los que se construye su visión de país.

Esas son las únicas guías magnéticas que podrán marcar el buen norte, que permitirán círculos virtuosos que promuevan la eficiencia dinámica, la justicia y la equidad; que ofrezcan oportunidades sociales que permitan el desarrollo de las capacidades individuales y promuevan su imbricación sinérgica.

Entonces, ¿qué valores han de servir de guía en esta oscura travesía?

- 1. El respeto a la libertad individual, como derecho inherente al ser humano y como factor esencial del desarrollo de su potencial, junto con la responsabilidad ineludible del individuo respecto a sus actos libres.*
- 2. La solidaridad como factor de cohesión y consolidación de la sociedad.*
- 3. La valoración al mérito, al trabajo, al esfuerzo honesto.*

Estos son valores propios de las sociedades abiertas, de las repúblicas inspiradas en la ilustración, en las ideas de libertad y cuya eficiencia dinámica las ha convertido en nodos atractores de ciudadanos de todo el mundo.

Con ellos como guía se teje el ordenamiento social, las relaciones entre los actores, los pesos y contrapesos requeridos, los mecanismos de creación, producción y retribución:

- Un Estado de Derecho con independencia de los poderes públicos. Un sistema de justicia imparcial, eficiente y ecuánime.*
- Una economía de mercado con libre competencia, como fuente de creación de innovaciones y riqueza y promotora de productividad y prosperidad.*
- La propiedad privada como pilar esencial de la autonomía necesaria para la libertad, consagrada como tal, en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, firmada en 1948 en las Naciones Unidas, Art. 17.*
- Una administración pública eficiente y transparente en el manejo de la cosa pública, que fomente el equilibrio macroeconómico, reduzca la incertidumbre y promueva la productividad de largo plazo.*

- *Un Estado regulador y promotor de oportunidades que permitan el desarrollo de las capacidades individuales*
- *Una sociedad que valore al conocimiento como la base esencial del aprovechamiento cabal de la libertad individual.*

Y nuevamente, hay que detenerse y recordar la grave crisis en la que se encuentra el país, pues no pueden estar desconectados el punto de partida del punto de llegada. Los errores y desmanes cometidos se pagan.

Por ende no cabe duda que lo primero es atender la emergencia: ella no espera. La importante deuda financiera y social que heredamos es descomunal. La primera es seis veces la que teníamos al iniciar el siglo, la segunda es inconmensurable. La destrucción es propia de una guerra. Se requerirá renegociación de deuda, financiamiento internacional y toda la inversión privada posible nacional y extranjera que active nuestro aparato productivo con eficiencia y competitividad y recupere los servicios básicos. También se requerirá de la Ayuda Internacional para atender la emergencia humanitaria compleja en alimentación, salud, con especial atención a los sectores más vulnerables de la población.

A la par, hay que establecer las bases institucionales que permitan un relacionamiento social sano: ellas son imprescindibles. Un modelo de libertad individual basado en el derecho ciudadano a trabajar bajo las garantías de los derechos de propiedad y la libre empresa. Estado y Mercado, sin falsas diatribas, el primero regulador y favorecedor de oportunidades, el segundo eficiente, productivo, competitivo, estimulando prosperidad y cohesión social.

A partir de ahí la sociedad venezolana se apalancará en sus aprendizajes, en esa resiliencia que ha descubierto en sí misma, para construir el país anhelado, una sociedad libre y responsable, eficiente y competitiva, abierta y solidaria.